

díjole.—Confío en que ahora me creereis, si os digo que mi corazón es siempre el mismo, á pesar de la herida que solo el tiempo puede cicatrizar. Tengo un deber que cumplir para con este niño, carne de mi carne, sangre de mi sangre! Despues, seré libre. Hasta entónces, os suplico, Román, que renunciéis á vuestros propósitos. ¿Será preciso que yo, una débil mujer, sin más apoyo en el mundo que el de esta pobre Simona que me ha salvado, os tenga que dar ejemplo de valor? He tenido, mas que vos, mis horas de desahento y desesperación. No voy á hacerme más valerosa de lo que soy. Quiero ser franca. Mi mayor pesar, en medio de tantos otros, ha sido el de creer que me habíais olvidado, y pensar que me juzgábais culpable y no víctima, y... en fin, que amábais á otra. Tened la seguridad, Román, de que ni las riquezas del marqués, ni su título, ni las promesas que siempre me ha hecho, consiguieron deslumbrarme. No he olvidado nunca nuestro amor, y he llorado siempre por nuestras perdidas ilusiones. Pero qué quereis; tengo sangre corsa en las venas! Ahora no puedo pensar más que en llevar á cabo lo que me he propuesto. No me habéis de amor, de alegrías, ni de ternuras; no hay lugar para ellos mientras tenga el corazón lleno de hiel. Pero podeis vivir tranquilo, amigo mio... No temais que el marqués consiga nada... Con el tiempo quizá pueda dar una gran prueba de cariño, de amor, y será á vos, á vos solo, siempre que, sin reconvenções ni quejas, me dejéis

acabar mi obra. De lo contrario, al menor disgusto que yo experimente por causa vuestra, bastará para que no nos volvamos á ver.

Román la escuchaba extasiado.

Ella le dirigió una mirada tan expresiva, tan dulce, que conmovió todo su ser.

Y para que tengais paciencia—añadió Solange—escuchad esto último: No sé si el porvenir nos reunirá; pero os juro por este niño, ¡mi hijo! que seré vuestra, ó de nadie.

—¿Y si os casais con el marqués...?

—Aun cuando me case con él. No me preguntéis nada más. No os he de contestar.

Román se dejó caer á sus pies.

—¡Eres un ángel!—exclamó.

—¡Arrojado del cielo!—contestó ella tristemente.—Y ahora, adiós.

El sonrió con amargura; dió la mano á Simona y obedeció á Solange.

En aquel momento partió de la cuna un vajido, que parecía el gorgceo de un pájaro cuando se despierta.

Solange separó las colgaduras, se acercó á la sonrosada carita de su hijo, y apoyando los labios en su frente, le dijo, después de un prolongado beso:

—¡Cuántos sacrificios me cuestas!

II

Al regresar á París el marqués no podía fijar sus ideas.

Llevaba en el corazón, como un puñal cla-

vado en la llaga, el recuerdo de Solange y de su belleza, soberbia, altanera, casi amenazadora. E imposibilitado de pensar en otra cosa, no podía coordinar las ideas.

Además, desde la aventura de Montalambert estaba, poco más ó menos, en aquel estado, que trataba de disimular, gracias á la proverbial actitud, fría y correcta, de hombre de su clase.

Durante unos días—pues todo pasa y todo se gasta,—no se hablaba de otra cosa en el círculo que de Solange.

En cuanto entraban Montalambert y Tallavande, les preguntaban:

—¿La habeis visto?

Todo esto exasperaba al marqués, cuyos celos eran cada vez más profundos.

Pero después de la ida á Cormeilles estaba más tranquilo. Volvía con una promesa: Solange sería suya. ¡Pero á costa de qué.

¿Cuánto tiempo tendría que esperar? La desgraciada Elena estaba condenada, su enfermedad no tenía remedio. Esta terrible sentencia era indudable, y ¡causaba alegría á aquel hombre! Sin embargo, la vida tiene sus milagros de tenacidad. ¡A veces, los que menos salud tienen, son las que más viven! Como la caña de la fábula, se doblan, pero no se rompen.

Si Elena viviera años..., lo cual estaba en lo posible, ¡qué intolerable suplicio!

Y las palabras de la modista zumbaban en los oídos de Oliverio.

¡Y pensaba en ellas demasiado!

Si de un soplo hubiera podido suprimir á aquella tierna é inofensiva criatura, que maldecía porque se colocaba entre él y sus deseos, lo hubiera hecho sin titubear.

Después de todo, ¿en qué circunstancia retrocedía ante los escrúpulos de conciencia? ¿Cuándo le contuvo el deber? ¿No era su ley la de que el *fin justifica los medios*?

¿Por qué esa excepción con Elena?

Pero... ¿y los medios?

Y siempre se detenía en este punto, que era lo único que le inquietaba.

No tenía por costumbre oír los gritos de la conciencia.

Cuando llegó á la plaza de la Opera se apeó del coche, indeciso por si entraría ó no en el Círculo; al fin decidió ir á pié á su casa.

En vez de entrar por la puerta principal lo hizo por una de las interiores, por la que da al jardín.

Fué directamente á su habitación, que comunicaba con las de la marquesa, por la biblioteca que daba al gabinete-tocador de Elena y éste á un saloncito donde solía ella estar siempre.

Las mullidas alfombras y los gruesos cortinajes ahogaban el ruido de los pasos.

El marqués se quitó el sombrero y el abrigo, y pasó á la biblioteca.

En ella encontró á Servais, muellemente sentado en un sillón y abstraído en una lectura sin duda muy interesante, puesto que no advirtió la presencia de su amo.

Fué preciso que Oliverio le pusiera la ma-

no en el hombro para sacarle de su abstracción.

Servais se levantó sobresaltado.

—Suplico al señor que me perdone, pero estaba abismado con una cuestión de derecho... palpitante.

—¡Diablo! ¿Qué cuestión es esa?

—La de saber si un marido puede matar á su mujer en el caso de sorprenderla en flagrante delito de adulterio.

—¿Y á vos que os importa eso, Servais, si no estais casado?

—Es una cosa que suele llegar cuando uno menos se espera.... Puedo elegir mujer, como cualquier otro, y es bueno irse preparando. Además, el señor marqués sabe que soy muy aficionado á la lectura.

—Y ¿qué habeis sacado en limpio?

—Que hay derecho.

—De suerte que si os casais y llegais á sorprender á vuestra mujer....

—Comprendo que esa ley es muy dura, y yo no tendría valor....

Servais miraba al marqués con cierta expresión de malicia.

—Bueno—dijo Oliverio.—¿La señora ha salido?

—No, señor; la señora marquesa está en casa.

—¿Sola?

—Acaba de entrar visita.

La fisonomía de Servais era cada vez más maliciosa.

—¿La baronesa de Montalambert?...

—No, señor marqués.

—¿La señora Severin?...

—Tampoco, señor marqués.

—Entonces, ¿quién?...

—El señor conde de Souvray, el primo del señor.

—Yo le creía en Morván.

—Ha vuelto. Y hace muy poco tiempo que está de visita. ¿El señor marqués vuelve satisfecho de su expedición?

Oliverio alzó los hombros y no contestó.

Servais volvió á colocar el libro en el estante.

—Opino que el señor hace mal en no pensar más que en esa muchacha. Yo aconsejaría al señor marqués que buscara distracción en las ciencias, en el estudio. No se sabe bien toda la luz que una biblioteca como esta puede dar á la inteligencia. Esto debe ser una dicha para los sabios. ¿El señor marqués tiene algo que mandar?

—En este momento, no.

Después de la charla del criado, Oliverio reflexionó. Servais no solía hablar por hablar. Siempre llevaba alguna idea. Al nombrar á Souvray lo había hecho de cierta manera, como con segunda intención.

¿Sospecharía el astuto criado? ¿Sería con fundamento?

Un rayo de luz iluminó el cerebro del marqués.

El medio que buscaba al salir de Cormeilles, quizá se lo proporcionara la casualidad. Era absurdo creerlo.

¡Qué locura! Elena, aquella virtud, á la cual estaba obligado á rendir tributo, aquella pureza sin mancha, se hallaba al abrigo de toda sospecha.

Por miserable que él fuera, retrocedió ante semejante ofensa.

Matarla, era posible; calumniarla, no.

Pero las palabras del criado se habían clavado en su imaginación, y concluyó por ceder al influjo de ellas.

Abrió uno de los cajones de un riquísimo mueble estilo Luis XVI y, con previsión, sacó una pistola de doble cañón, verdadero milagro del arte, fabricada hacia treinta años por Desvismes; la observó atentamente para ver si estaba en buen estado, la cargó y guardó-sela en el bolsillo.

Se avergonzaba de sí mismo; se estremecía al considerarse tan envilecido, tan degradado, desempeñando el odioso papel de espía por primera vez en su vida.

Pero una especie de fatalidad le impulsaba.

Abrió, con las precauciones del ladrón que penetra de noche en una casa habitada, la puerta que separaba la biblioteca del gabinete tocador, se ocultó detrás de un cortinaje de seda brochada, parecida á las telas antiguas de Lyon, que se hacían para palacios é iglesias, y esperó.

La puerta de la salita estaba entreabierta, y pudo oír perfectamente lo que hablaban dentro.

El señor de Souvray estaba, efectivamente, con Elena.

Esta, sentada al piano, preludiaba una romanza de Mendelshonn, su autor favorito.

Roberto, en pie, á dos pasos de ella, apoyado en el respaldo de un sillón, la contemplaba con tanta ternura como tristeza.

La enfermedad hacía rápidos progresos en la ya debilitada naturaleza de la desgraciada Elena.

Su marido podía estar satisfecho.

Mas á pesar de su demacración, estaba muy bonita; parecía la estatua, en mármol, de una santa.

Y levantando la mano del teclado, dirigió á su primo una mirada suplicante.

—No quiero que me abandoneis, Roberto, —le dijo.—Os lo prohibo. Después de todo, no tardaré mucho tiempo en dejaros libre...

—¡Elena!

—He perdido todas mis ilusiones, amigo; todas, una tras otra —repuso sonriendo dulcemente.— Han caído poco á poco, como las hojas de los árboles en otoño. ¡Pero es en la primavera de mi vida cuando las he visto destruidas! ¡No me queda ninguna! El médico viene á verme casi diariamente, y no parece descontento; me infunde valor con sus palabras; pero el otro día le vi que no pudo reprimir un movimiento de inquietud. Lo vi por el espejo. ¡Qué péfidos son los espejos! De algun tiempo á esta parte paso horas enteras contemplando el retrato de mi madre. ¡Cómo nos parecemos! Y no ceso de preguntarme cuánto tiempo tardaré en ir á reunir-me á ella.

Y enseñaba á Souvray un hermoso cuadro de Winterhalter, representando una mujer en el apogeo de la belleza y de la juventud, pero en cuyo semblante se hallaban ya impresas las huellas de la enfermedad que debía llevarla al sepulcro.

—Es mi madre á los veinte años. ¡Cuatro después, la perdí! Yo no viviré tanto.

Y continuó como si hablara consigo misma, volviendo á preludiar la romanza poco antes interrumpida que apenas se oía:

—Ella tuvo al menos la suprema felicidad de verse amada, adorada. Ninguna mejor que ella conoció el amor casto y legítimo de dos seres que se estiman y pertenecen por entero. ¡Bendita sea la memoria de mi padre, que la hizo tan dichosa, pues no se llevó al morir ninguna pena. ¡Así le sonreía! A mí, en cambio, un pintor no podría darme otra expresión que la que infunden la pena, el hastío y el desfallecimiento. ¡Oh! ¡morir sin llevar en los labios un beso de amor sincero! ¡Morir en la desesperación de haber sido desdeñada, pospuesta, ultrajada!

Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y cerró los ojos como si quisiera huir de la realidad, y contemplar la dicha á que aspiró.

De pronto sintió que dos vigorosos brazos enlazaban su delgada cintura.

Roberto estaba á sus pies.

—¡Elena!—exclamó—no sois vos quien únicamente sufre. Si me alejé tan bruscamente, si me fuí de París llevando la desesperación en el alma, es, no quiero callároslo

por más tiempo, porque me era imposible permanecer aquí sin confesaros que no vivo más que para vos, y que os amo. ¡Era superior á mis fuerzas! ¿A qué atormentaros con tales quimeras? Si el amor puede devolveros la salud, si la certeza de tener un corazón que os pertenece, dispuesto á verter la última gota de su sangre á fin de evitaros el más mínimo pesar, y que ameis la vida, ¡no morireis! Pero creed que si llegais á morir, no tardaré en reunirme á vos; y os expresaré en la otra vida, puesto que somos creyentes, cuánto os he amado en esta, cuánto sufro al veros desgraciada y con qué alegría hubiera soportado mil muertes con tal de ser vuestro un día, una hora, ó de saber que erais dichosa aunque fuera en brazos de otro!

Y la estrechaba apasionadamente contra su corazón.

Elena se abandonaba á las dulzuras de un éxtasis, de una alegría que esperaba hacia tiempo. Sus mejillas se coloreaban. Todo su ser revivía. Roberto podía escuchar el acelerado latir de su corazón.

—¡Oh!—exclamó ella.—Repíteme esas palabras que me causan tanto bien. ¡Vivo, se me figura que resucito!... Yo también te amo con todas las fuerzas de mi alma, con todo mi sér. Y si me muero es porque no puedo soportar la fatalidad que nos ha separado.

Oliverio se había acercado. Escuchaba á los dos amantes, escondido entre los pliegues de uno de los *portiers* del saloncito, favorecido por la oscuridad del gabinete-toca-

dor, cuyas persianas permanecían cerradas.

Era en verdad una escena odiosa.

Se explican los crímenes del amor. La violencia de los celos lleva en su ceguedad la disculpa; pero el acto del marqués de Taunay, oculto como un ladrón, espiando la hora de herir, no para vengar su honra ultrajada, sino para librarse de una mujer que, si llegaba á faltar á su deber, era impulsada por las tristezas de la vida, era un acto cobarde y fríaamente meditado, que no tenía disculpa.

Roberto seguía arrodillado á los pies de Elena, contemplándola absorto.

—No puedes tener idea—repuso ella—de lo feliz que soy. Esperaba ansiosa este momento. Era mi única felicidad. Y estaba segura de que llegaría. Siempre te he amado. Mi alma fué á ti desde el momento mismo en que despertó á la vida del sentimiento. En cuanto te conocí, supe apreciar lo que valías. Comprendí que eras cariñoso, leal, generoso é inteligente. Tu silencio me contrariaba mucho, y, no obstante, hacía que te estimara más aun. ¡Era á mí á quien correspondía hablar! ¡Pobre Roberto! ¡Qué orgullo para mí si hubiera podido dar mi fortuna á un hombre tan digno como tú! ¡Qué vida tan feliz hubiéramos pasado! ¡Cuánto bien hubiéramos esparcido á nuestro alrededor! Cuando mi tío me propuso que me casara con Oliverio, sentí como si el alma se me desgarrara de pena. Eso era renunciar á todas mis esperanzas. Pero cuando no se tiene experiencia ninguna y ¡muy pocos años, ¡se es muy débil!

Y cedí cuando creí que no me querías, y obedecí con repugnancia, por cobardía, por despecho. Y, sin embargo, lo juro, al dar mi mano, la di lealmente, dispuesta á cumplir mi palabra, á sacrificarme con sinceridad, dispuesta á llevar con dignidad el nombre que aceptaba, que es nuestro, Roberto, puesto que somos del mismo tronco.

Elena se levantó de repente. Le sobrevino un golpe de tos. Llevóse la mano á la garganta.

—Sufro cada vez más—dijo.—Siento como si me destrozaran el pecho. ¡He tenido tantas penas! No he merecido á ese hombre ni las atenciones que se tienen con cualquier visita; me ha demostrado tan descarnadamente su indiferencia, cuando con el más mínimo detalle de consideración siquiera, me hubiera hecho soportable la vida! ¿Por qué, si no me tenía afecto ninguno, se casó conmigo?... ¡Eso ha sido un crimen, una infamia, un robo! ¿Por qué exigir de mí que sacrificara mi libertad, cuando no quería darme nada en cambio, y no perdió él la suya? ¡Ojalá me hubiera casado con un hombre pobre, pero honrado, que hubiera sido para mí, para mí sola, el más tierno y generoso de los maridos! ¿Pero á qué pensar en lo imposible?

Y se dejó caer en un sillón, extenuada por la fatiga.

—¿Qué he dicho?—repuso.—No lo sé. Se ha apoderado de mí la embriaguez... Lo olvidé todo. ¡Heheche mal!

—¿Por qué! ¡Es imposible que amar así

sea una falta! Si he resistido tanto tiempo á la fuerza que me ha hecho caer hoy á vuestros pies, Elena, es porque os considero un lirio immaculado, y representais á mis ojos todo lo que una criatura del Señor nos ofrece de más casto, más puro y más divino. Pero si este sentimiento existe en nosotros, si una voz interior nos dice que hemos nacido el uno para el otro, ¿por qué no escuchar esa voz? Elena, os juro que no amo en el mundo más que á vos. ¡Jamás ninguna otra mujer ha conmovido este corazón, que es y ha sido sólo vuestro! ¡Qué nos importa el mundo! ¡Olvidemos el universo! ¡Sólo sé que estoy loco, y no quiero saber más sino que te amo, que te adoro, y que por un minuto de tu existencia, daría veinte de la mía!

La estrechó en sus brazos; ella no tuvo fuerzas para resistir.

—¡Oh, sí— balbució Elena con apagada voz,—tienes razón, Roberto, esa es la felicidad!

Y de súbito echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos, y si el conde no la hubiera sostenido, hubiese caído inerte sobre la alfombra.

Se había desmayado.

En aquel mismo instante Roberto creyó haber escuchado algo así como el ruido que se produce al montar una pistola.

Instintivamente, dejando á la marquesa en un sofá, trató de protegerla con su cuerpo.

Y, pálido como un muerto, esperó un instante.

Vió que una de las cortinas se movía.

Un sudor frío inundó su frente.

—¡Nos escuchaban!—pensó.

Vacilante, sin atreverse á abandonar á Elena, no sabía al principio qué hacer; pero luego se precipitó en el gabinete-tocador.

Y con mano febril levantó el *portier*.

Nadie se ocultaba detrás.

Entonces registro el gabinete y el dormitorio.

No había nadie tampoco.

La puerta de la biblioteca estaba cerrada.

Se creyó víctima de una alucinación, y volvió al lado de Elena. Su respiración era tan débil, que parecía la de un moribundo. La palidez era mortal.

Trató de volverla á la vida.

Y no volvió en sí hasta pasados unos instantes que á él le parecieron siglos.

Un cruel defallecimiento se apoderó de ella. Aquella debilidad anunciaba su próximo fin. Elena no podía tener fuerzas para soportar las emociones más deseadas, más deliciosas de su vida.

Al volver en sí, él, apoderándose de sus manos las cubrió de besos, pidiéndole perdón por haber turbado su tranquilidad.

Ella le miraba con tanto amor como gratitud.

—Te amo—le dijo—y nada tengo que perdonarte. No hay más sino que éste defallecimiento es una advertencia, Dios no quiere que al ir á El tenga que acusarme de una falta. Si deseas que yo muera tran-

quila, deja que cumpla, mi deber hasta el fin.

El conde era hombre fuerte y valeroso.

Y, sin embargo, estaba llorando como un niño.

Elena le presentó la frente y él puso en ella sus labios.

El conde de Souvray no se había engañado.

Oliverio había estado á punto de consumar un crimen; pero en el crítico instante, retrocedió ante el horror de semejante asesinato.

Al ver á Elena desvanecida, pensó que iba á matar á una moribunda; que, despues de todo, tardaría poco en ser libre, pues su mujer estaba gravísima; y tambien se acordó de la relación de la polaca y del fin del príncipe en Venecia.

El secreto de Miska podría, en último caso, evitarle el escándalo de un asesinato.

A esto debieron su salvación Roberto y la marquesa.

Oliverio pasaba, y no sin motivo, por uno de los más hábiles tiradores de pistola, en París. Y tenía tambien fama de espadachin. Habiera sido temible en un duelo.

Gracias á la indecisión del conde, le fué posible desaparecer ántes de que se precipitara aquél en su busca; consiguiendo refugiarse en la biblioteca.

El conde estaba tan turbado que adivinó el ruido, pero no pudo cerciorarse de nada, y quedó en la mayor incertidumbre.

Al abandonar el hotel de Taunay, iba inquieto, receloso desesperado, pues, á más de

todo, los más sombríos presentimientos agitaban su espíritu. ¡Amaba á Elena con toda su alma; ella le correspondía ¡y estaba condenado á perderla!

¿Cuánto tiempo resistiría ella los sufrimientos físicos y morales que minaban su existencia?

E iba andando tristemente, con la cabeza baja, cuando al volver la esquina de la calle de Mironomesnil, tropezó con un sujeto que iba en sentido opuesto.

Evitó el choque por un movimiento instintivo, y al levantar la cabeza conoció á Román Tremor.

—¿Sois vos, señor de Souvray?—dijo casi alegremente el morvanés.

Souvray quedó sorprendido del cambio operado en la fisonomía de Román.

¿Qué motivaba aquella satisfacción?

Y como se hallaran á la puerta de *El fiel cochero*, dijo Román:

—¿Quereis concederme el honor de entrar un momento?

III

El restaurant prosperaba por días.

Los dos hombres se sentaron ante una mesa bastante apartada de las demás, colocada en un rincón.

Brichet, como es natural, se apresuró á servirles.

Para él el conde de Souvray no era uno de tantos clientes, sino persona que le merecía

la mayor consideración, y Román era un Dios.

—¿Qué se os ofrece?—preguntó.

—Lo que quieras, muchacho—contestó el conde con su proverbial bondad.

—Lo mejor que haya en la casa—añadió Román en tono jovial.

Brichet se hizo la misma reflexión que el conde; su amo parecía otro hombre.

Bajó á la cueva y sacó de allí una botella.

—¡Oporto superior!—dijo riendo.

—Está bien—repuso Román.—Vé á tus asuntos.

Los asuntos del buen Brichet eran, no solo los del comercio, sino los del corazón.

En la sala contigua á la en que se hallaban el conde y su compañero, había una media docena de bebedores al rededor de una mesa casi totalmente ocupada por vasos y botellas.

La mayor parte de aquellos clientes, eran los mismos que asistieron al almuerzo con que los obsequió mister Stripp; pues, entre otros, se hallaban el alegre cochero del baron de la Briche, y Servais. El sexo bello estaba dignamente representado por dos ó tres camareras, entre las cuales descollaba Susana, como siempre encantadora.

Se oía su argentina voz contestando ingeniosamente á las galantes insinuaciones del gascon, mientras que de una sola ojeada buscaba á su Brichet, como para decirle:

—Puedes estar tranquilo. Todo esto se lo lleva el viento. Tú eres el único...

Pero Brichet tenía que entrar á cada rato en la sala para ver á su adorada paisana.

Era el hombre feliz por excelencia.

—¿Dónde está mister Stripp?—preguntó diferentes veces el cochero del barón.

—Salió con el señor marqués esta mañana y cuando yo vine no había vuelto aún—contestó Susana.

—No tengais cuidado—dijo Servais—ya lo volvereis á ver; no se ha perdido.

—¿Quereis que os diga á dónde ha ido ese Strip?—preguntó Román á su compañero.

El conde comprendió en seguida que Román se proponía algo, pues en eso se parecían uno y otro: no hablaban en balde.

—¿Lo sabeis?

—Sí.

—¿Y por eso es por lo que pareceis tan contento?

—¡Contento!—dijo Román suspirando.—No lo estoy tanto como parece. Tengo sobradas razones para estar triste... Pero he sabido cosas... que han sido, en cierto modo, un bálsamo para mi corazón.

—¡Más vale así, amigo mío! ¡Todo suele ser tan lúgubre!...

—¡Os entiendo! Pensais en la señora de Taunay.

—Salgo en este momento de su casa.

—¿No mejora?

—¡Oh! ¡no!

—Eso decía Susana hace poco á Brichet. Pero añadió que esta mañana estaba casi contenta, también ella...

—¿Por qué?...

—Porque esperaba veros.

—La he visto, y me separo de ella desolado.

—¿Su mal se agrava?

—A pasos agigantados. Hasta ahora se podía dudar, esperar... ¡pero ya no es posible forjarse ilusiones!

—¡Hay gentes que se alegran de eso!

—¿Quién?

—¡Un monstruo!—dijo Román categóricamente.

—¿Su marido?

—¡Sí, su marido! ¡El señor marqués!

—¿Cómo sabéis eso?

—Os pregunté si queríais saber á dónde había ido Stripp, para deciros que llevó á su amo, en el coche, á Cormeilles. Yo le vi. Debe estar de vuelta desde hace una hora.

Souvray pensó en seguida en el ruido que partió del gabinete tocador.

—¿Una hora?—preguntó.

—Lo menos. Sus caballos corren mucho.

—Y qué tenía que hacer Stripp en Cormeilles?

—Él, nada, pero su amo tenía un asunto. Allí es donde la pobre Solange—la voz de Román se alteró—ha dado á criar á su hijo.

—Es verdad. ¿En dónde tengo la memoria?

—Es el caso que el marqués y yo tuvimos idéntica idea: ver á Solange, que lo mismo huía de él que de mí. Fuimos á casa de la nodriza, confiados en que se encontraría allí. El domingo está libre, y era natural que fuese á abrazar á su hijo. ¡Una madre es siempre una madre!

—¿Y encontrasteis al marqués en casa de esa nodriza?

—Sí y nó. Llegué el primero. Solange estaba allí. Tuvimos una explicación. ¡Qué queréis! ¡No he podido dejar de amarla! La creí culpable. Eso era indigno de mi parte, pero no lograba convencerme de lo contrario. Mientras hablábamos, llegó el marqués en su cupé, que guiaba, como siempre, Stripp. Solange me escondió entonces en una habitación contigua, y entonces fué cuando supe...

—¿Qué?—preguntó el conde.

—Quizá me guardéis rencor, señor Souvray—repuso Román.—Las familias deben ayudarse mutuamente, es lo natural. Si me hablan mal de mi hermano, yo me enfadaría, y aquel que se atreviera, os aseguro que lo pasaría mal.

—Vuestro hermano Juan es un hombre honrado, Román, y nadie puede decir lo contrario.

—Es verdad. Yo quisiera poder decir otro tanto de vuestro primo, el marqués de Tannay. Más por desgracia no puedo. Tanto peor. Como entiendo que tenéis interés en estar al corriente de cuanto ocurre, voy á confiároslo todo, comenzando por deciros que desconfiéis de vuestro pariente Oliverio, pues le creo capaz de todo.

—¿Qué sabéis, Román?

—No puedo ocultaros nada. Ya sé que amais á vuestra prima, la señora de Tannay. El conde palideció y nada dijo.

30560

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RAYSS"
No. 1625 MONTAÑEY, MEXICO

—No soy ciego. Vuestra tristeza, vuestro alejamiento del pueblo, donde tan á gusto vivíais, las palabras que, á pesar vuestro, se os escapan, cuando me proporcionais la satisfacción de pasar un rato conmigo, merecen una revelación; tanto más, cuanto que ambos nos hallamos en el mismo caso. La mujer que vos amais y la que yo amo, son dos víctimas de ese miserable, ¡él nos las ha robado! Pero hay una diferencia. Esa desventurada Elena, que es un ángel, accedió á casarse con él por un acto de abnegación, por obediencia al hipócrita de su tío, y quizá también contrariada por vuestro silencio. Pero, en fin, la señorita de Rochevieuille, después de todo, se casó porque quiso. La otra, Solange... ¡no se entregó! ¡Fué á la fuerza! No lo dudeis. Ha tenido el valor de no defenderse luego. Comprendió que nadie la creería. Ha soportado su vergüenza. Y, no obstante, es inocente. Ahora lo sé todo.

—¿Cómo?

—¿Cómo? Es muy sencillo. Y por esa y por otras razones es por lo que me veis menos triste, menos hartó de la vida que otros días. Me costaba mucho creer que esa pobre muchacha, á quien he conocido desde niña, que ha crecido á nuestro lado, á nuestra puerta, casi en nuestras rodillas, tan franca, tan jovial, tan pura, se volviese de repente embustera, coqueta, hipócrita y... una desdichada, por último. Simona, á quien ya conocéis, la mujer del herrador, trató de persuadirme de que Solange no era lo culpable que parecía; yo

hacía lo que vos, escuchaba cuanto me decían, pero pensaba lo que quería pensar. ¡Y he necesitado oír al mismo marqués confesar sus culpas! Entónces comprendí que era completamente cierto lo que Simona me refirió. Ese Oliverio fué á Gué-aux-Biches una mañana en que ella estaba sola en su casa. Hallábase en su cuarto vistiéndose para ir al Priorato.

El echó la puerta abajo. Comenzó suplicando en todos los tonos, y ofreciéndola cuanto quisiera. La pobrecilla rehusó. Entónces quiso hacer uso de su autoridad... ¡Ya podreis calcular! ¡El amo! Ella se resistió, suplicó, le prometió no referir á nadie aquella baja... ¿Creéis que eso le hizo desistir y comprender que cometía una infamia? No, señor. Se abalanzó á ella como un loco, como un bruto... Solange, sin embargo, seguía defendiéndose... ¡Oh! ¡el cabello se me eriza al considerarlo! Yo sería feliz si pudiera ahogar á ese infame; ¡y acabaré por hacerlo! Y como la pobre niña luchaba con todas sus fuerzas, comprendiendo él que no iba á poder lograr sus deseos, ¿sabeis qué hizo? Casi la asfixió, cubriéndole el rostro con una falda; y viéndola sin fuerzas, y que apenas respiraba, abusó de ella.

Román hizo una pausa.

Vertía abundantes lágrimas.

—No hagais caso, señor Roberto—prosiguió.—Son lágrimas de rabia. ¡Ah! ¡si yo hubiera estado allí, y hubiese oído sus quejas! Una escopeta, un palo, un cuchillo, todo

reunido me hubiera parecido poco. Lo hubiera destrozado y hecho mil pedazos para pisotearlo después. No había nadie allí más que la *Bigornia*, que estaba en el camino. He oído cómo el mismo Oliverio pedía perdón á Solange. Después de esto es cuando ella me lo ha referido todo. No quiso exponerse á que no la creyera. Así es que solo se confió á Simona, porque ésta acertó á entrar en aquel momento y lo adivinó todo al ver, no solo la desesperación de Solange, sino el desorden en que quedó la habitación después de aquella innoble lucha.

Y desde ese día Solange fué otra; de alegre que era tornóse sombría, melancólica; huía de todos y pasaba los días enteros en el bosque buscando los lugares más escondidos.

¡Para colmo de desdichas estaba en cinta! Nadie sospechó esto. El marqués, avergonzado sin duda de su cobarde acción, no hizo más que ir á Chevagnes, pero no conseguía verla. Yo le pedí que se casara conmigo y rehusó. Luego se vino á París, acompañada hasta el tren por Servais, el complaciente criado del marqués.

Al cabo de seis meses hice lo que vos. Desesperado, vine también á esta ciudad acariciando un solo pensamiento; verla, hablarla. ¿Con qué propósito? No hubiera sabido decirlo.

Al fin esta mañana logré, por vez primera, encontrarla. Y ahora ya sabeis algo de lo que oí. He aquí la conclusión, que es lo que os interesa. Es preciso velar por vuestra

amiga, por vuestra prima la marquesa de Taunay.

—¿La amenazan?

—No sé tanto; pero digo que desconfío del marqués, frenético como se halla por las negativas de Solange. Esta, exasperada después de dos años de sufrimientos y al ver á aquel niño por el cual está dispuesta á sacrificarse...

—Acabad.

—El marqués la suplicó esta mañana que olvidara sus ofensas y aceptase sus ofrecimientos, es decir, todo cuanto dinero quisiera, y que fuese su querida. Como siempre, ella rehusó. El volvió á la carga. Hablaba en tono imperioso, creyéndose el amo, lo cual no venía bien con los ruegos de amor! Y ella, al fin, contestó:

—Casaos conmigo, dad un nombre á vuestro hijo, y cederé. ¡Es mi única condición! Si no es así, nunca.

—¿Qué contestó él?

—Creí que iba á negarse; pero aceptó.

—¡No es libre!

—Pues por eso es preciso estar en guardia, porque querrá serlo.

El conde no replicó; estudiaba la fisonomía de su interlocutor.

Román se puso de repente muy triste; era indudable que lo había dicho todo.

—Pero entonces... si ella consiente...

—¿Qué quereis que haga? —dijo Román con viveza.—Después de todo, si el marqués no es libre, ella lo es. Poneos en su lugar. No

vive sino para realizar su idea, ni tiene más interés que uno: el de ese hijo, que no ha deseado, pero que es suyo... ¡y con esto está dicho todo! Quizá ha soñado en ese matrimonio, como un medio de venganza... como una reparación... No sé nada.

Id á preguntar el móvil de sus actos á una muchacha indignada, herida, enferma, con los nervios excitados de verse lejos de su pueblo, á causa de su deshonra y de verse además en la miseria, pues he sabido, tambien esta mañana, que ha pasado dias enteros sin comer. Habladle del interés de los demás, de la señora marquesa de Taunay, por ejemplo, una santa, no lo niego, pero que lleva un nombre que ella odia; y os contestará que nada le importa, ni reconoce nada, ni se ocupa de nada y, en una palabra, que no quiere á nadie, como no sea á su hijo, y que todo lo demás le es igual. En fin, ella consintió. No os digo mas, sino que la promesa está hecha. Por lo cual os repito: ¡tened cuidado! No es á Solange á quien hay que temer. ¡Pobre muchacha, empujada por la fuerza de los acontecimientos! ¡Ella no los ha preparado, pero los sufre! Pero él está ahí; y cuando un hombre de su rango y de su carácter se humilla hasta ese extremo para poseer á una mujer, aun cuando ésta lo odie, estoy seguro de que es preciso temerle todo. Ya estais advertido.

Souvray, como Román, era un hombre del campo, consumado cazador.

Y todo cazador del interior de las provincias tiene algo de furtivo.

Un carácter así es, en general, tan temible entre los hombres, cuando se trata de rivalizar con ellos en astucia y disimulo, como entre los j. balíes y lohos que ojea y quiere cazar.

Roberto comprendió perfectamente que Román no se lo había dicho todo, pero que era inútil tratar de averiguar lo que callara, porque no lo diría.

Después de todo, ya sabía lo bastante.

Reflexionó mucho acerca de los acontecimientos de aquel día.

No pudo creer que fuera una ilusión... Se refería á la escena del gabinete.

El marqués, entrando en el hotel cuando él estaba de rodillas á los pies de Elena, debió penetrar en aquella habitación y sorprender su secreto.

El ruido del gatillo de la pistola, ruido á que, como buen tirador, estaba muy acostumbrado, no podía engañarle.

Y adivinó claramente el plan del marqués; y que si había retrocedido había sido por el horror de cometer tan escandaloso asesinato.

Y sin decir una palabra, presa de las mayores preocupaciones, se levantó, tendió la mano á Román, y salió.

Se cruzó, á la entrada, con Stripp, que llegaba, y cuya aparición fué saludada por sus camaradas, con gritos de entusiasmo.